

## JESUS AND THE LAST SUPPER

His years of trying to teach and train these twelve had been a disheartening experience. How obtuse they were: impervious to learning! His entire educational arsenal of parables, personal example, sermons, private talks, prayers, explanations, and miracles had left them ignorant of the true nature of both the King and His kingdom. The one thing they thought that they had learned was that if He was to be the King, they would be the chief officers of His empire. Now only a few hours were left before His betrayal and crucifixion. That this band of immature, uncomprehending “children” would develop into mature apostles seemed hopeless. Even as they entered the room for the final Passover, they tried to be the first to obtain the best seats around the table. Not one of them appeared to have learned anything about being a servant.

This close to the cross, and still there was so much to teach them; but they were too immature to learn it. So close to the cross, He needed someone to understand...He needed a friend. He needed them to understand. He needed to see that His work had prepared a group of well trained, informed, wise, and eager teachers: men capable of teaching the world about the Gospel of salvation.

But as He sat watching them, cruel reality burdened His heart. He saw them scowling, glaring, whispering, and muttering as they jealously competed for preeminence. They were dull, forgetful, uncomprehending, impulsive, carnal, selfish, and proud. They were prone to bluster and to rash judgment. In spite of all His teaching, they had perceived only fleeting glimpses of His true nature and purpose. Before the evening was finished, they would have interrupted Him seven times (John 13:25,36-37, 14:5,8,22; 16:17-18,29), and He would have predicted the desertion of every one of them. Had He not known *what was in man* (John 2:25) and what these twelve were able to become, He surely must have been overwhelmed with a sense of failure and depression. His last evening with them was not beginning well.

As they competed for glory, He arose. More words were useless, yet He had to rebuke them. His movement toward the water and towel caught the attention of some, but when He knelt to wash Peter's feet, silent astonishment momentarily froze them. They understood the rebuke and instantly were humiliated by their guilt. Typically, Peter overcompensated by impulsively protesting, perhaps embarrassed at being caught in his proud selfishness. Being rebuked again, Peter again overreacted saying, *not my feet only, but also my hands and my head* (John 13:9). Jesus did not pamper him or treat him softly. He sternly told Peter that it was to be his feet, and only his feet, and why (verse 10). Later, when Peter boasted that he never would deny the Lord, Jesus said (in effect): *Peter, you have good intentions, but you are incredibly weak. Satan is about to have his way with you!* Peter could be so irritating. Did Jesus ever want to tell him to talk less, think more, and to grow up?

Yes, Jesus continued by instituting the Supper, assuring these men of the Spirit's abiding comfort, and praying His famous prayer, before He led them to Gethsemane. In spite of their faults and the accompanying frustration, Jesus had chosen these men, not for what they were, but for what He knew they could become. He knew that the events of the coming hours and of His next visit with them three days later would transform them and infuse them with an unconquerable spirit of understanding, faith, commitment, and sacrifice. All His efforts finally will come together to make of them the greatest leaders of the Kingdom. The last supper, then, was their final lesson before graduating from childish weakness to apo

## JESÚS Y LA ÚLTIMA CENA

Sus años de tratar de enseñar y entrenar a estos doce habían sido una experiencia desalentadora. ¡Qué obtusos eran: impermeables al aprendizaje! Todo su arsenal educativo de parábolas, ejemplos personales, sermones, charlas privadas, oraciones, explicaciones y milagros los habían dejado ignorantes de la verdadera naturaleza tanto del Rey como de Su reino. Lo único que pensaban que habían aprendido era que si Él iba a ser el Rey, ellos serían los principales oficiales de Su imperio. Ahora solo quedaban unas pocas horas antes de su traición y crucifixión. Que este grupo de "niños" inmaduros e incomprensivos se convirtieran en apóstoles maduros parecía inútil. Incluso cuando entraron a la sala para la Pascua final, trataron de ser los primeros en obtener los mejores asientos alrededor de la mesa. Ninguno de ellos parecía haber aprendido nada acerca de ser un siervo.

Tan cerca de la cruz, y aún así había mucho que enseñarles; pero eran demasiado inmaduros para aprenderlo. Tan cerca de la cruz, que necesitaba que alguien lo entendiera... Necesitaba un amigo. Necesitaba que lo entendieran. Necesitaba ver que su obra había preparado a un grupo de maestros bien entrenados, informados, sabios y entusiastas: hombres capaces de enseñar al mundo acerca del Evangelio de salvación.

Pero mientras estaba sentado observándolos, la cruel realidad agobiaba su corazón. Los vio frunciendo el ceño, mirando, susurrando y murmurando mientras competían celosamente por la preeminencia. Eran torpes, olvidadizos, incomprensivos, impulsivos, carnales, egoístas y orgullosos. Eran propensos a la fanfarronería y al juicio precipitado. A pesar de todas sus enseñanzas, sólo habían percibido vislumbres fugaces de su verdadera naturaleza y propósito. Antes de que terminara la noche, lo habrían interrumpido siete veces (Juan 13:25,36-37, 14:5,8,22; 16:17-18,29), y Él habría predicho la deserción de cada uno de ellos. Si Él no hubiera sabido *lo que había en el hombre* (Juan 2; 25) y lo que estos doce fueron capaces de llegar a ser, seguramente debe haber sido abrumado por una sensación de fracaso y depresión. Su última noche con ellos no empezaba bien.

Mientras competían por la gloria, Él se levantó. Más palabras eran inútiles, pero tuvo que reprenderlas. Su movimiento hacia el agua y la toalla llamó la atención de algunos, pero cuando se arrodilló para lavar los pies de Pedro, el asombro silencioso los congeló momentáneamente. Comprendieron la repreensión y al instante fueron humillados por su culpa. Por lo general, Pedro compensaba en exceso protestando impulsivamente, tal vez avergonzado de haber sido atrapado en su orgulloso egoísmo. Al ser reprendido de nuevo, Pedro nuevamente sobreactuó diciendo, *no solo los pies, sino también las manos y la cabeza* (Juan 13:9). Jesús no lo mimó ni lo trató con suavidad. Le dijo severamente a Pedro que debían ser sus pies, y solo sus pies, y por qué (v. 10). Más tarde, cuando Pedro se jactó de que nunca negaría al Señor, Jesús dijo (en efecto): *Pedro, tienes buenas intenciones, pero eres increíblemente débil. ¡Satanás está a punto de salirse con la suya contigo!* Pedro podía ser muy irritante. ¿Alguna vez Jesús quiso decirle que hablara menos, que pensara más y que entendiera?

Sí, Jesús continuó instituyendo la Cena, asegurando a estos hombres el consuelo perdurable del Espíritu, y haciendo Su famosa oración, antes de guiarlos a Getsemaní. A pesar de sus faltas y de la frustración que conllevaba, Jesús había elegido a estos hombres, no por lo que eran, sino por lo que sabía que podían llegar a ser. Sabía que los acontecimientos de las horas venideras y de su próxima visita con ellos tres días después los transformarían y les infundirían un espíritu invencible de comprensión, fe, compromiso y sacrificio. Todos sus esfuerzos finalmente se unirán para hacer de ellos los más grandes líderes del Reino. La última cena, entonces, fue su última lección antes de pasar de la debilidad infantil a la grandeza apostólica.